

## Cruce de Peatones

[Nota: La inspiración de esta columna viene de la homilía de la reciente conferencia “Cristo Nuestra Vida basada en el Evangelio de Lucas: 16:19-31.]

El 3 de febrero de 1998 no fue un día ideal para los Estados Unidos o para los americanos que vivían en Italia. La tragedia sacudió cuando una aeronave del Cuerpo de Marineros de los Estados Unidos EA-6B Prowler, ubicada en la Base Aérea Aviano en el norte de Italia, se impactó con un cable en un angosto valle en las montañas Dolomitas. El cable con el que se impactó causó que un teleférico que transportaba a veinte europeos cayera más de 100 metros causándoles la muerte. El accidente fue llamado la masacre de Cermis; fue el resultado de la decisión del piloto y del navegador de divertirse tomando vídeos escénicos a baja altura mientras volaban mucho más rápido y a menor altura de las que establecen las regulaciones militares. De hecho, el avión cortó los cables desde abajo.

El piloto y el navegador, cuyo nombre no revelaremos, fueron sujetos a juicio militar en los Estados Unidos y fueron absueltos de homicidio negligente y de homicidio involuntario, aunque fueron dados de baja deshonrosamente en parte por haber destruido el video de la evidencia.

Con todo el debido respeto a nuestros más valientes hombres y mujeres en el servicio, estos dos aviadores fueron unos rebeldes complacientes y egoístas quienes vivían bajo sus propias reglas, sin importarles que aquellos a su alrededor pudiesen estar en riesgo y vulnerables. Incluso si no tenían la intención directa de

causarles la muerte, ellos fueron al menos cómplices mortales a quienes algún día Dios llamará a saldar cuentas; oremos para que se hayan arrepentido y confesado su negligencia mortal.

La masacre de Cermis fue un evento tremendamente trágico y aislado. Pero en la lectura del Evangelio del mes pasado, Jesús nos muestra que incluso en negligencias ordinarias y aparentemente benignas hacia otros, a quienes tenemos bajo nuestro cuidado y debemos mostrar compasión, es un asunto de suma importancia. Recuerden la lectura del hombre rico, tradicionalmente llamado “Epulón” y el hombre pobre. Epulón vive en una burbuja de exceso y de ego. Jesús nos dice el nombre del hombre pobre, Lázaro, pero es posible que el hombre rico nunca se lo haya preguntado.

Epulón es el opuesto del Buen Samaritano. Él no tiene necesidad siquiera de cruzar la calle o de salir por la puerta trasera para evitar a Lázaro; su orgullo le lleva a continuar en su estilo alegre, sin preocuparse del sufrimiento delante de él. El hombre rico escarba un acantilado espiritual entre él mismo y los demás seres humanos y cae en él hacia su muerte.

Epulón piensa que tiene amigos, pero ellos son del tipo que envidiarían los Kardashians y los personajes de “Locos, Ricos, Asiáticos”; incluso nosotros podemos sucumbir a la fascinación y la admiración cuando vemos la riqueza. El teólogo de la Universidad Franciscana, Regis Martin, nos recuerda de la irónica

observación de GK Chesterton que “él no puede entender plenamente la necesidad que siente la gente de conferir honores sobre un hombre simplemente porque en algún punto de su vida logró acorralar el mercado de la soya.”

Después de su muerte, Epulón descubre lo solitaria y lo sediente que es su alma. Lo más triste de todo es que incluso al buscar alivio desde las llamas del inframundo, él aún quiere que los demás bailen al son que él toca; él no tiene ningún problema en darles órdenes a Lázaro y a Abraham.: “Envíalos,” les implora. Él no se da cuenta de que no está en posición de pedir nada. Y hay aquellos que, siguiendo sus pasos, se darán cuenta de que el camino hacia el infierno está pavimentado con la misma indiferencia hacia la gente que vive con dolor.

¿Cómo erigimos y reforzamos nuestras propias murallas o creamos acantilados entre nosotros y los demás?

Los humanos crean todas forma de acantilados entre ellos mismos: las líneas de clase entre los afluentes y aquellos que se preguntan de dónde vendrá su próxima comida es una de las más conspicuas. Pero hay aquellos cuya principal identidad se refleja más en su afiliación partidaria política que en ser un discípulo de Jesús o un creyente en Dios. Estas personas tienen más tendencia a agravar antes que remediar la polarización que azota nuestro discurso social.

Hay aquellos que saben que viven con dolor, hambre y sed de conexiones humanas, de un lugar en donde poder reposar su cabeza y llamar su hogar, y hay

aquellos quienes niegan la existencia de un problema, los que viven en la negación y que simplemente se encogen de hombros y dicen, “ esto no pasa en donde yo vivo.”

Aquí tenemos otro ejemplo. No tenemos por qué disculparnos por creer que Dios en su bondad nos ha creado masculinos y femeninos, que la sexualidad humana es un gran regalo de Dios que debe celebrarse, dársele reverencia y que se expresa con gracia en el salvador sacramento del matrimonio. Aún eso no nos permite excluir o cancelar a aquellos que no están seguros de quienes son, que se sienten extraños en sus propios cuerpos o quienes se sienten atraídos hacia personas del mismo sexo – personas que se convierten en peones que son explotados en las guerras culturales por aquellos quienes ven con desprecio el punto de vista judeocristiano sobre la naturaleza humana.

No estamos obligados a ratificar todas las inclinaciones como inherentemente buenas, o decir que todas las opciones son creadas iguales ante los ojos de Dios. Pero que Dios nos ayude si no acompañamos a estas personas, invitándoles intencionalmente e incluyéndoles en nuestras familias, nuestras parroquias, nuestros círculos de amistades en donde el Espíritu y la vida fluyen libremente. El reconocimiento de nuestra dignidad común como hijos e hijas de Dios y nuestra decencia humana básica no nos permitirían que hiciéramos menos.

Dios viene a salvarnos a todos de nosotros mismos. Jesús repara los cables entre la gran división entre el cielo y la tierra; él baja aceleradamente desde su

divinidad hacia nuestra humanidad en el momento preciso. En vez de aferrarse a la vida, él simplemente se suelta y se deja caer al abismo, a lo más bajo de los lugares bajos que es la muerte misma.

Nosotros profesamos en el Credo de los Apóstoles que Jesús desciende a los infiernos. Él restaura la conexión entre aquellos que son lo suficientemente humildes para gritar pidiendo su misericordia en esta vida, y aquellos que tienen asuntos aún sin terminar en el teleférico que les transporta hacia el Padre de las misericordias.

Por gracia y por naturaleza, reconocemos a Dios en nosotros mismos, ya sea que vistamos o no un hoodie, ya sea que nuestros cuerpos estén llenos de llagas o si nuestros rostros están marcados por la preocupación, la tristeza y el rechazo a nuestras faltas.

Como lo dijo el Papa Benedicto XVI al reflejar en el Amor que es Dios: “en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. ... Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas

necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita” (*Deus caritas est n.* 18).

Epulón fue patéticamente arrogante al decirle a Abraham, “envíalo.” Estamos humilde y audazmente preparados para decirle a Jesús todas las mañanas, con gratitud y santo temor de Dios, “Envíame.” ENVÍAME a donde tú desees, Señor: a cualquier brecha que me encuentre, cualquier abismo que descubra – especialmente a esos de los que he sido parte en el pasado. Ayúdame a ayudar a otros a cruzar de la muerte a la vida, porque ellos son mis hermanos, mis hermanas, tus amigos, mis amigos. ENVÍAME. SÁLVANOS. Y nuestro gozo estará completo.